
CARTA DE MONS. FRANÇOIS SAINT-MACARY

Proponer en nuestras comunidades a algunos que respondan a la invitación de hacerse presbíteros

(La Documentation catholique, 2247 (01), 427-429)

Con ocasión de la Cuaresma de 2001, Monseñor Francois Saint-Macary, arzobispo de Rennes, Dol et Saint-Malo (Ille-et-Vilaine), ha firmado el 21 de febrero la carta que dirige a los fieles de su diócesis. Aborda el tema del despertar de las vocaciones en el seno de la comunidad cristiana. A continuación presentamos este texto:

Hablar de la vocación al sacerdocio puede parecer secundario en nuestro mundo en el que se plantean tantas preguntas e interpelan a los cristianos que buscan vivir según la luz del Evangelio. El bajo número de seminaristas y el envejecimiento del clero plantea no obstante una grave pregunta a nuestra Iglesia diocesana y me parece importante llamar la atención de todos. Parroquias, asambleas parroquiales y diocesanas, servicios y movimientos son invitados a fuertes tiempos de participación y de la oración a partir de este tema, en particular durante la Cuaresma. Las reflexiones que vienen a continuación tienen la intención de ayudarnos unos a otros proponiendo puntos de vista y suscitando reacciones.

Llamar a ser sacerdote, un acto de fe

En un momento en el que los sacerdotes han llegado ser escasos y las parroquias no tienen en su mayoría cura residente, nos inquieta grandemente qué futuro nos aguarda. Esta inquietud puede impedirnos plantear bien la cuestión de la llamada tanto al ministerio presbiteral como a los demás minis-

terios dentro de la Iglesia. Vemos a continuación la urgencia de las preocupaciones de la Iglesia; nos arriesgamos a no prestar la suficiente atención al don de Dios. Es el mismo Señor el que llama, une, envía a los cristianos, y el que da a su Iglesia las vocaciones que necesita para existir y cumplir su misión.

La respuesta a la vocación concreta es ciertamente la respuesta de un hombre libre en una comunidad creyente. Se puede correr el peligro de no ver los factores demográficos, sociológicos, psicológicos que intervienen en esa escasez de vocaciones sacerdotales. No son solamente los cambios exteriores de la Iglesia las que le permiten vivir mejor y cumplir su misión, sino su transformación interior mientras que responde con más fidelidad y entusiasmo a las llamadas del Señor. En un país como el nuestro en el que la Iglesia es una vieja institución, tenemos la tentación de mirarlo solamente como un cuerpo social necesitado de reforma. Además ella es el Cuerpo místico de Cristo que se re-vivifica desde el interior mediante una circulación más fluida de la vida divina en ella.

Atreverse a llamar a que se hagan sacerdotes en una comunidad cristiana, es abrirse al don de Dios que asegura la vitalidad de la Iglesia y la fecundidad de su misión. Esto no nos dispensa de estudiar y reflexionar sobre las mediaciones humanas y las causas de la crisis de vocaciones. Mas antes de buscar o de encontrar remedios e incluso para encontrarlos, no olvidemos las condiciones normales de la salud y del bienestar de la Iglesia. Este proviene de Cristo. Su crecimiento viene de Cristo. Su caridad le viene de Cristo. Y es siempre esta comunión con él que cada cristiano y la unidad de los cristianos tienen, para dirigirse y mejorar, para que la Iglesia viva bien. Si la Iglesia de mañana debe descubrir nuevas organizaciones, no puede ser más que en una fidelidad renovada en la misión que Cristo le asigna y a los dones que Dios le hace.

La oración por las vocaciones

Esta perspectiva cambia nuestra plegaria por las vocaciones. ¡Demasiadas lamentaciones! Ya Jesús pedía que se rogase al Padre para que envíe obreros a su mies, y en el mismo momento llamaba y formaba a sus Apóstolos. La Iglesia ha tenido siempre y siempre tendrá que pedir de Dios los servidores que necesita, porque no puede dáseles a sí misma. El ministerio, como la fe, es una gracia, un don de Dios que se le pide.

Nuestra oración por las vocaciones es, por tanto, una plegaria confiada y alegre para dar gracias a Dios que está activo y presente en su Iglesia por el Espíritu Santo. Estamos seguros de que Cristo resucitado proporciona a su Iglesia los medios de hacerse presente y de cumplir su misión. Ya le damos gracias por los sacerdotes, los ministros, los futuros ministros que él da a su Iglesia. No sabemos por anticipado a qué camino de renovación seremos llamados y lo que exigirá para nosotros el seguir a Cristo según las condiciones

de nuestro tiempo. En la confianza, exponemos a Dios nuestras faltas, nuestros deseos, nuestros temores, nuestras preocupaciones. La Evangelización es la obra del Espíritu a la que nosotros aportamos nuestra libre colaboración. Incluso si nosotros no vemos allí claro para vislumbrar la forma de la Iglesia del mañana, incluso si prevemos que muchas cosas cambiarán, ofrecemos al Señor nuestra disponibilidad de hoy día, prestos a obrar según lo que el Espíritu nos permita discernir y llenos de esperanza porque las promesas de Cristo son sólidas y fieles.

La tarea de las comunidades cristianas

¿Qué pueden hacer las comunidades cristianas hoy? En primer lugar fortificar la fe personal y común. En nuestro país en el que muchos son católicos por pertenencia familiar y social, conviene expresar de manera más explícita nuestra adhesión personal. La tradición cristiana está en actualizar por el Evangelio inspirando nuestra vida de hoy. Encontramos la alegría y el placer de ser cristianos, porque vivir del Espíritu de Cristo, vale la pena, proporciona alegría, da sabor a la existencia.

Después del Concilio Vaticano II, muchos católicos han participado de forma más activa en la vida de la Iglesia. Hay aquí una profunda llamada de Cristo a ser y a permanecer miembro de su Cuerpo. Tenemos en esto un don del Espíritu que penetra y transforma los diversos sectores de nuestra vida. Constantemente, necesitamos volver a esta fuente de la vocación cristiana, hacerla revivir en la plegaria y los sacramentos, en la profundización de la Escritura, en la participación de los dones espirituales. Sólo el fervor de una comunidad creyente puede hacer nacer y crecer en algunos de sus miembros el deseo de servirla en el nombre de Cristo.

Otra tarea de la comunidad cristiana es la de re-evaluar el papel y la misión del sacerdote en su seno. La participación de los laicos ha hecho evolucionar considerablemente el reparto de funciones en la Iglesia y no hemos encontrado aún la óptima articulación entre los diversos ministerios de obispo, sacerdotes, diáconos, cristianos encargados de misión, de miembros de servicios o militantes de movimientos. Es normal que esto no esté todavía claro e influya sobre el comportamiento y el proyecto de unos y otros. Por lo tanto, necesitamos plantearnos esta pregunta: ¿consideramos las actividades, las funciones, hasta las personas de unos y otros como regalos de Dios para hacer crecer juntamente en Iglesia y humanidad? ¿Consideramos los sacerdotes como hermanos, como cristianos que han sido ordenados para recordarnos en primer lugar a Cristo? ¿No nos hacemos líderes de ellos, jefes, organizadores, algunas veces superhombres? ¿Cada cristiano, cada grupo de cristianos no solicita al sacerdote para su propio servicio en detrimento de su misma

comunión? ¿No agotamos excesivamente a los sacerdotes en múltiples actividades en detrimento de su vida espiritual, de su descanso, de su salud?

Cuando un joven profesional deja su bufete o su taller para entrar en el seminario, la mayor parte le dice: si es tu camino haces bien, haz como tú pienses. Nuestras comunidades tienen respeto hacia un joven que camina hacia el ministerio presbiteral, pero agotan suficientemente cuánto les es necesario y hasta qué punto son partes activas en esta vocación y en su camino? ¿Cómo reaccionan los padres cuando su hijo joven o adolescente les hace partícipes de tal deseo? ¿Qué mirada colocan los amigos cuando uno de ellos les comunica que quiere ser sacerdote? rechazo, indiferencia, temor, tolerancia, respeto, ánimo, alegría. Cuando un cristiano quiere ser sacerdote, no es solamente su asunto, sino el de todos los cristianos. Las comunidades están cada vez más asociadas al acompañamiento y al discernimiento de los ministerios; que ellas guardan también el cuidado de la interpelación y del ánimo.

El rol del sacerdote

Es verdad que existe un problema de generaciones. El gran número de sacerdotes de más de 60 años crea una situación difícil a los sacerdotes más jóvenes y a los que podrían llegar a ordenarse. Cuando he reunido a los sacerdotes de 75 años para compartir con ellos, he sentido la nostalgia de otra época en la que la vida eclesial era más dinámica: el tiempo de los padres, el tiempo de la JAC, pero también he notado la fuerza de una fidelidad en los tiempos difíciles, la gratitud por el don de Dios y un gran deseo de colaborar siempre. Es importante que no nos quedemos de ello solamente con nuestras actividades que nos monopolizan o más pesadas, sino que hagamos aparecer antes las fuentes de nuestra vida y de nuestro ministerio. Sabemos muy bien que hemos respondido a una llamada de Cristo llegada a nuestros oídos por medio de interpelaciones y ante nuestros ojos por los modelos. Encontramos en nuestras vidas las gracias y los contratiempos que nos han hecho luchar y crecer. Hemos tomado conciencia muchas veces de que nuestro ministerio nos sobrepasa y que Dios se sirve de nosotros con nuestra pobreza. ¿Quizás hace falta en primer lugar comunicar y hacer participar de nuestra experiencia de fe? Nosotros la tenemos en común con los demás cristianos; entre nosotros, ella nos ha llevado a ponernos totalmente a su servicio por Cristo. ¿Es la modestia? ¿La humildad? ¿La costumbre? Ocultamos demasiado aquello que da sentido a nuestro servicio y a nuestros compromisos. Además somos más orantes que realizadores de ceremonias, más cuidadosos de comunión entre hermanos que de organización, más preocupados por la transmisión de la fe que del orden moral. Precisamente es por la comunicación personal por la que los Apóstoles se invitan unos a otros a ponerse en presencia de Cristo en el

Evangelio de Juan: «Ven y verás». ¿Es necesario poner antes nuestras personas que nuestras funciones? Nuestro ministerio está muy encumbrado. Por consiguiente nos hace falta mucho tiempo para contemplar, para descubrir el trabajo de la gracia en cada persona, para admirar los dones de Dios, para acompañar aquello que el Espíritu Santo está apunto de realizar. Entonces nosotros seremos más audaces para llamar al servicio del Evangelio.

Llamad a los jóvenes cristianos

Vosotros que, en vuestras cartas de confirmación, me habéis confiado vuestra vida de oración y vuestro encuentro con Cristo, vosotros que en los Movimientos Juveniles habéis experimentado la alegría que Cristo puede proporcionar cuando llama y compromete, vosotros que habéis descubierto a Cristo en un movimiento o que lo encontráis cada domingo en la Eucaristía, no rechazéis sistemáticamente el proyecto de ser sacerdote. Aceptar planteaos la cuestión cuando soñéis con vuestro futuro. Llevad esta pregunta en vuestra relación con Cristo y en vuestra plegaria.

Cuando contemplo las diversas maneras como han ejercido y ejercen su ministerio los sacerdotes de la diócesis, me siento incapaz de decirlo de manera precisa cuáles serán las formas de ministerio de mañana. Pero, ¿quién puede preverlas para las otras actividades humanas? Yo no puedo decirlo más que dos cosas. La primera, que aquello que yo he vivido es muy diferente de lo que imaginaba cuando elegí responder a la llamada a ser sacerdote, y sin embargo no solamente no me arrepiento, sino que creo ser útil y estoy feliz: doy gracias por ello de todo corazón a Dios como lo hacen a mi alrededor muchos sacerdotes que celebran sus 25, 40, 50 años de ministerio. La segunda cosa que os puedo decir, es que estoy persuadido de que la comunicación del Evangelio de Cristo al mundo que se preparan en este comienzo de siglo es una gran aventura y que merece la pena consagrarse a esa tarea.

Se habrá entendido bien. Llamar a que algunos de nuestras comunidades se hagan sacerdotes exige que nuestras comunidades cristianas sean cada día más conscientes de su fidelidad a Cristo y a la misión que se les ha confiado. En nuestro mundo en constante cambio, nuestra Iglesia verá, sin duda, grandes transformaciones. Qué número de sacerdotes ideal es necesario para que viva y lleve a cabo su tarea, no lo sabemos. Pero estamos seguros de que el Señor continúa llamando algunos hombres para servir a la Iglesia y guiarla según su Espíritu. Que nuestra oración y nuestra reflexión nos sostenga en actitud de disponibilidad y generosidad. Mientras que en la Pascua la Iglesia acogerá nuevos bautizados y cada cristiano renovará su bautismo, nosotros recordaremos hasta qué punto nuestra Iglesia vive de la gracia de Dios y recibe de él las vocaciones necesarias para su fidelidad y su comunión.